

En el mes de setiembre murió, en Lima, el poeta y profesor universitario Wáshington Delgado. *ideele* quiere guardar su memoria con este lúcido y muy personal texto de Marco Martos, también poeta y también dedicado a la formación de nuestra juventud universitaria.

Wáshington Delgado

La ceremonia del adiós

Marco Martos



Foto: Chacho Guerra/cortesía Quehacer

Desde el punto de vista formal, en la literatura peruana del siglo XX hay un puñado de poetas que compone sus textos concentrando el lenguaje, luchando por decir las palabras más exactas, amalgamando significados. Esta manera de componer puede parecer una especie de lucha contra el ángel de la esterili-

dad. A veces en el papel solo quedan trazas de este combate que el lector apenas percibe.

El poeta paradigmático de esta manera de escribir es Emilio Adolfo Westphalen. Pero junto a él, como estrellas con su propio brillo, aparecen Jorge Eduardo Eielson, José María Eguren, Blanca Varela, Javier Sologuren. Son poetas que hablan desde el silencio y que están asociados, ¿qué duda cabe?, a Mallarmé, probablemente el poeta que más se exigía en la tradición francesa. Y en el ámbito hispanoamericano, el homólogo por excelencia bien puede ser Octavio Paz.

Pero hay otros poetas, igualmente valiosos, que tienen diversa manera de organizar sus materiales. Ellos proceden por acumulación. Es el caso de César Moro, tan diferente de Westphalen, pese a que por inveterada

comodidad crítica se les hermana en todo lo que es posible. Esta es la situación de Martín Adán, Francisco Bendezú, Carlos Germán Belli, Pablo Guevara.

Wáshington Delgado (1927-2003) es un poeta insular frente a esas dos tendencias de composición, cada una de ellas con sus propios peligros y abismos, aunque conoce bien ambos procedimientos. La dificultad principal de quienes proceden por eliminación de palabras es la página en blanco, no al comienzo de la escritura, sino al final de un titánico esfuerzo. Es el silencio, no el contrastante y benéfico silencio que se enfrenta a las palabras banales que no dicen nada, sino el silencio que se parece a la quietud definitiva.

Marco Martos es poeta y profesor en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Un escritor que no escribe, ¡qué contradicción!, pero ese fue precisamente el problema de Mallarmé, el de Westphalen, el de Eielson. Poco sabida—o, mejor, poco recordada—es la dificultad de Delgado de proseguir su obra poética. El hecho ocurrió cuando después de publicar *Destierro por vida* en 1969 y el conjunto de su obra poética, *Un mundo dividido*, en 1970, el poeta anunció oficialmente su retiro de la poesía. El silencio que llegaba no era la lucha conocida con el blanco papel: era entrar, bastante prematuramente, en la opacidad definitiva. Y es que desde Baudelaire no hay poeta de valía que no haya cuestionado el propio elemento expresivo. Son otros, no los poetas, los que no dudan de lo que escriben. Un poeta como Delgado está siempre en estado de alerta, en perpetuo balanceo entre el decir y el no decir, entre hablar y callar, siempre entre lo asertivo y la perplejidad. Sí soy poeta, no soy poeta. Esto que escribo ¿es poesía? Y si no es poesía, ¿qué son estas líneas que a otros conmueven? Esta es la tortura que se vive y que no se puede ni contar a los amigos, pues no lo entenderían, o los más curiosos lo atribuirían a una depresión reactiva. Pero no es así: el desconcierto, la duda, acompañan al creador más valioso.

Washington Delgado, como pueden atestiguar quienes bien lo conocían, era un hombre de una facilidad

Delgado tenía el regusto por la palabra, la facilidad de los elegidos, la cultura clásica de los que llegan a la sabiduría, pero como el mago que no repite sus actos, prefirió la poquedad, la difícil poquedad de un poeta de gran talento.

asombrosa de palabra; tenía un verbo deslumbrante cuando ofrecía conferencias o dictaba clases. Lo paradójico es que esa facilidad se volvía un problema a la hora de escribir poesía. Su tendencia natural era la concentración, porque según su manera de pensar así se escribe la mejor poesía. Por eso la impresión que da el conjunto de su obra poética, y esto es literal, es la de un castigado rigor. Dicho de otra manera, Delgado tenía esa misma posibilidad de Pablo Neruda de escribir poemas por acumulación, pero escogió el camino del extremado rigor, de la dureza.

Quevedo, que era el poeta recóndito favorito de Delgado, dijo, en uno de sus poemas más hermosos, que le gustaría estar con unos pocos pero doctos libros juntos. WD pudo escribir versos por millares, pues tenía el regusto por la palabra, la facilidad de los elegidos, la cultura clásica de los que llegan a la sabiduría, pero como el mago que no repite sus actos, prefirió la poquedad, la difícil poquedad de un poeta de gran talento. Escribió escasos libros de poesía y un número exiguo de poemas. Pero en

ese manojito de versos que conocemos no hay caídas. Todos sus poemas merecerían representarlo en la más exigente antología. No de muchos escritores puede hacerse tamaña observación.

WD nació para la poesía dentro de la tradición de la lengua española. Se ha hablado en numerosas ocasiones de su cercanía con la poesía de Pedro Salinas, lo cual es cierto, pero esa afirmación se basa casi exclusivamente en el poema que a la muerte del lírico español escribió nuestro poeta. Menos conocido es el hecho real de una vinculación con la poesía de Jorge Guillén, quien estuvo en Lima en 1961 y fue presentado públicamente justamente por Washington Delgado en el Convictorio de San Carlos del parque Universitario. Pero este es un hecho anecdótico. Más interesante es advertir un campo de similitudes entre Delgado y Guillén que hasta hoy día nadie ha señalado. Esa similitud se da tanto en el rigor formal cuanto en el íntimo convencimiento, palpable en la poesía de ambos, de que a pesar de todas las circunstancias, la vida merece vivirse y el mundo tiene numerosos lados hermosos.

En el magín de WD otro poeta vivía a sus anchas: Bertolt Brecht. Lo conocía bastante bien, al punto de saber muchas de sus canciones y poemas de memoria. WD tenía en poesía la misma actitud dialéctica del escritor alemán y la misma convicción socialista. Epicúreo y escéptico, discípulo del gran poeta latino Horacio, Delgado es sus poemas, un poeta que llega a la esperanza a través de su amor por el Perú. Es tan explícita esta marca, que es la que tiñe toda su mejor producción, la que aparece seleccionada por él mismo en el libro *Reunión elegida* de 1988 que recopila textos de todos sus libros anteriores, pero que tiene la virtud de ser un libro nuevo, no una acumulación de poemas. Escribió entonces: "Este libro es una antología de mi obra poética que incluye poemas no publicados antes. No sé si mi poesía es buena o mala. Hay, simplemente, algunos poemas que prefiero: son los de este libro".

Como lectores, algo sabemos: que una porción importante de la calidad de la poesía peruana del siglo XX se la debemos a Wáshington Delgado. Cuando uno a uno desaparezcamos los que lo hemos conocido, nuevos lectores habrá que reconocerán como muy hermosa a esta poesía que enorgullece al Perú de hoy. ▲

Jerónimo Pimentel (Lima, 1978), periodista y redactor de la revista *Caretas*, acaba de publicar el poemario *Marineros y boxeadores*, que ha sido recibido de muy buena manera por los medios. Y no es para menos: se trata de un trabajo dedicado y complejo que permite entrever un universo personal a través de la voz propia e, inclusive, por medio de la experiencia ajena. *ideele* retoma su sección "El buen libro" con una reseña de esta ópera prima de Pimentel.